

Cuando Dios lo hace todo, ¿qué le queda al hombre?

*Divina Voluntad, libertad y riesgo
de quietismo en los escritos de Luisa Piccarreta*



Suplemento temático a
Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad

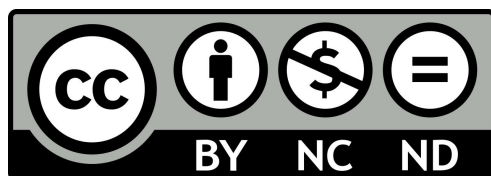
amen-fiat.fr

Este cuadernillo propone una profundización temática de *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad*: un artículo dedicado a la libertad humana, a las disposiciones del alma y al riesgo de quietismo en los escritos de Luisa Piccarreta, que desarrolla lo que la obra principal enseña sobre este punto. La obra completa — 214 preguntas repartidas en catorce partes, con desarrollo, citas verificadas sobre el corpus italiano y articulación católica — está disponible gratuitamente en amen-fiat.fr, en francés, inglés, español e italiano, en formatos PDF y EPUB.

Licencia

Esta obra se pone a disposición conforme a los términos de la licencia Creative Commons *Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional* (CC BY-NC-ND 4.0). Puede compartirla por cualquier medio y en cualquier formato, siempre que reconozca debidamente la autoría, no haga de ella un uso comercial y no la modifique, transforme ni adapte.

creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es



amen-fiat.fr y el canal de YouTube Amen Fiat (@Amen_Fiat) son las dos vertientes de un mismo proyecto: dar a conocer, amar y ayudar a vivir concretamente el Don de la Divina Voluntad, según los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

amen-fiat.fr
youtube.com/@amen_fiat

Índice

Introducción — «Tú no harás nada, Yo lo haré todo»	1
1. Con Luisa algo cambia realmente	3
2. «Basta que lo quiera»: la gratuidad del Don	6
3. Disponerse: recibir una Vida que quiere crecer	8
4. «Dios lo hace todo»: ¿quién actúa entonces?	11
5. El quietismo: cuando el abandono se convierte en pasividad	14
6. La frontera católica: gracia preveniente y verdadera cooperación	16
7. ¿No combatir ya, no pensar ya en uno mismo?	19
8. Las virtudes: ¿destruidas, absorbidas, convertidas en Vida?	22
9. El abandono no dispensa del deber	27
10. Sacramentos y obediencia: el caso límite del 5 de noviembre de 1923	29
11. Entrar, salir, permanecer: ni escrúpulo ni falsa seguridad	33
12. La palabra decisiva: las disposiciones	38
Conclusión — El Fiat de un hijo	40
Epílogo — Vivir esto sencillamente	42

Introducción — «Tú no harás nada, Yo lo haré todo»

El 7 de enero de 1921 Jesús dice a Luisa unas palabras que, tomadas literalmente, parecen no dejar ningún espacio a la acción de la criatura: «Tú no harás nada, pondrás en juego de mi Voluntad solamente tu querer, y Yo lo haré todo». Y prosigue:

«Tú no serás otra cosa que el sonido de mi voz, la portadora de mi Querer, la destructora de las virtudes al modo humano y la que las hará resurgir al modo divino, marcadas con un punto eterno, inmenso, infinito.»¹

Luisa anota enseguida que se sintió «toda anulada». La expresión es fuerte. Estamos claramente más allá de una simple petición de ayuda a Dios para practicar mejor las virtudes: Jesús habla de su destrucción «al modo humano» y de su resurrección «al modo divino».

Pocas semanas después, el 16 de febrero de 1921, la misma radicalidad adopta otra forma. Para entrar en el Querer Divino, explica Jesús, «no hay caminos, ni puertas, ni llaves». A la criatura le basta quitar «la piedrecita de su voluntad». Entonces,

«en ese mismo instante ella corre en Mí y Yo en ella; encuentra todos mis bienes a su disposición: fuerza, luz, ayuda, lo que quiera. Por eso no hay caminos, ni puertas, ni llaves: basta que lo quiera y todo está hecho; mi Querer se encarga de todo.»²

Jesús contrapone expresamente esta sencillez al camino ordinario de las virtudes: «¡cuántos esfuerzos se necesitan, cuántos combates, cuántos caminos largos!»

El 16 de marzo de 1913, Luisa ve a varias almas inmersas en una luz divina, como ajenas a todo lo demás, «como si no hicieran nada». Y, sin embargo, de ellas sale «todo el obrar divino». Jesús comenta:

«Quien hace mi Voluntad se alimenta de luz, es decir, de Mí; y mientras no hace nada, lo hace todo.»³

El 14 de agosto de 1917, Luisa formula ella misma lo que significa, a su entender, vivir en el Querer Divino: «no hacer nada por sí misma». El alma llega incluso a sentir «náusea de su obrar humano, aunque sea santo»; y, una vez terminada su obra, puede decir: «No he hecho nada, sino que lo ha hecho Jesús.»⁴

También el combate contra las pasiones parece cambiar de naturaleza. El 23 de diciembre de 1900 Jesús promete a Luisa que, si permanece fija en su Voluntad, ya no necesitará combatir continuamente contra sus pasiones. Ante la santidad del Querer Divino, estas «sin combatir, sin estrépito, dulcemente mueren». Su «única ocupación», añade, será amarlo y dejarse amar por Él.⁵

¿Qué ocurre entonces con el obrar humano? Si Dios lo hace todo, ¿qué le queda al hombre? Si «basta que lo quiera y todo está hecho», ¿qué sucede con la larga ascesis cristiana? Si las virtudes han de morir en su modo humano, ¿qué queda de su ejercicio? Si las pasiones pueden apagarse sin combate, ¿para qué sirven el esfuerzo, la vigilancia y la mortificación? Y si el alma puede decir después de actuar: «No he hecho nada», ¿qué significado conserva la responsabilidad personal?

Perderíamos la fuerza de estos textos si los redujéramos a la idea, verdadera pero insuficiente aquí, de que Dios da su gracia y el hombre hace luego lo mejor que puede. Luisa describe algo más radical: la acción divina se vuelve tan interior al obrar del alma que esta ya no quiere reivindicar como propio ningún acto separado de Dios.

Hay que tomar, por tanto, en serio lo que dice: algo cambia realmente.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 12, 7 de enero de 1921. Italiano: «Tu non farai nulla [...] Io farò tutto [...] la distruggitrice delle virtù in modo umano e la risorgitrice delle virtù in modo divino...»
- ² *Libro de Cielo*, vol. 12, 16 de febrero de 1921.
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 11, 16 de marzo de 1913.
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 12, 14 de agosto de 1917.
- ⁵ *Libro de Cielo*, vol. 4, 23 de diciembre de 1900.

1. Con Luisa algo cambia realmente

El 9 de mayo de 1929 Luisa vuelve sobre los primeros años de su experiencia espiritual. Recuerda las pruebas, las luchas contra el enemigo, su estado de víctima y los sacrificios a los que Jesús la había llamado. Le surge una dificultad: más tarde Jesús le enseñó que quien vive en la Divina Voluntad ya no está sujeto a las mismas tentaciones y turbaciones. ¿No existe una contradicción entre ambas etapas?

Jesús no intenta borrar la diferencia. Al contrario, le asigna un lugar dentro del camino de Luisa:

«Era necesario que concentrara en ti toda la santidad humana para consumirla en ti, a fin de dar comienzo a la verdadera santidad del vivir en mi Querer Divino. La santidad en el orden humano debía ser el escabel, el trono, de la santidad en el orden de mi Divina Voluntad.»¹

Los dos modos no se oponen como la falsedad y la verdad. La santidad «en el orden humano» preparó lo que vendría después; fue su escabel y su trono. Pero también debía llegar a su cumplimiento para que pudiera comenzar otro modo.

Jesús recuerda a continuación que, al principio, preguntaba a Luisa si aceptaba los sufrimientos antes de enviárselos. Quería un «sufrimiento voluntario», no forzado. Era la voluntad de Luisa la que quería hacer morir para que la suya pudiera tomar vida en ella. Y añade:

«Todo lo que sufriste entonces no fue otra cosa que el cumplimiento del orden de la santidad al modo humano. Por eso casi nada te decía de la santidad del vivir en mi Querer Divino; quería completar una para comenzar la otra.»²

«Completar una para comenzar la otra»: el modo divino no es simplemente un nombre nuevo puesto sobre la vida espiritual anterior.

Algunos años antes, el lenguaje había sido todavía más abrupto. El 7 de enero de 1921 Jesús no decía únicamente que las virtudes recibirían más gracia o serían practicadas con mayor perfección; anunciaba su «destrucción» al modo humano y su «resurrección» al modo divino. Hablaba de un obrar «marcado con un punto eterno, inmenso, infinito».³

El modo humano no queda por ello declarado malo. El texto de 1929 lo llama «escabel» y «trono». Las luchas, los sacrificios y las virtudes de la primera etapa

pertenecen realmente al camino de santidad, pero conducen hacia otra manera de vivir el acto bueno.

Lo que cambia parece referirse, sobre todo, al modo en que se vive el acto. Amar, obedecer, sufrir, practicar la paciencia o la humildad conservan su sentido cristiano. Pero la criatura ya no quiere experimentarse como centro autónomo de esos actos, al que Dios vendría simplemente a añadir su ayuda. Busca recibir la misma Divina Voluntad como vida interior de lo que hace.

La imagen de la pequeña rueda, dada el 4 de febrero de 1922, lo expresa de manera muy sencilla. Jesús compara su Voluntad con la gran rueda de la eternidad y a las almas que viven en ella con pequeñas ruedas colocadas dentro de la grande. Su movimiento procede de aquella rueda inmensa y, sin embargo, giran realmente. Jesús dice a Luisa:

«Por eso, que tus vueltas sean continuas en mi Querer; Yo te daré la cuerda y tú te prestarás a recibirla.»⁴

La pequeña rueda no se da a sí misma el movimiento. Y, sin embargo, gira de verdad porque se presta a recibir la cuerda. La imagen es sencilla, pero dice ya mucho: la acción divina no borra la acción creada; la sostiene.

Así reciben también, en 1929, un lugar nuevo los primeros combates. Jesús explica que habían completado «el orden de la santidad al modo humano». Después, cuando se forma la vida del Fiat, cambia la relación con el mal: la luz de la Divina Voluntad envuelve al alma y los turbamientos, las pasiones y los pecados «pierden el camino». Sin embargo, concluye con una petición muy concreta: «sé atenta» y que tu vivir en el Fiat «sea continuo».⁵

La transformación es real. No consiste simplemente en hacer mayores esfuerzos, pero tampoco vuelve inactiva al alma. Más bien, esta aprende a recibir su obrar permaneciendo atenta y fiel a lo que recibe.

A esta luz debe escucharse una de las afirmaciones más sorprendentes de Luisa: no se entra en la Divina Voluntad como premio final de una hazaña espiritual lograda. Se entra primero porque Dios da y la voluntad humana consiente.

Notas

¹ *Libro de Cielo*, vol. 26, 9 de mayo de 1929.

² *Ibid.*

³ *Libro de Cielo*, vol. 12, 7 de enero de 1921.

⁴ *Libro de Cielo*, vol. 13, 4 de febrero de 1922.

⁵ *Libro de Cielo*, vol. 26, 9 de mayo de 1929.

2. «Basta que lo quiera»: la gratuidad del Don

¿Cómo comienza, entonces, este paso? En Luisa, la respuesta tiene una sencillez desconcertante: con un querer.

El texto del 16 de febrero de 1921 lo afirma con una claridad casi provocadora. La Divina Voluntad está ya en todas partes, «bajo los pies, a derecha e izquierda y sobre la cabeza»; no hay camino por el que se pueda llegar a ella como si estuviera lejos. Lo que impide al alma participar de sus efectos es «la piedrecita de su voluntad». Que la quite y, «en ese mismo instante», ella corre en Dios y Dios en ella. «Basta que lo quiera y todo está hecho.»¹

La misma sencillez reaparece catorce años después, en un pasaje donde Luisa se lamenta precisamente de la distancia que cree tener aún que recorrer. Jesús le responde:

«Hija mía bendita, dime: ¿qué quieres? ¿Quieres que mi Voluntad reine y viva en ti como vida? Si de verdad lo quieres, todo está hecho.»²

A primera vista, esto podría sonar a una especie de automatismo espiritual. El mismo pasaje impide esa interpretación. Jesús habla de la Divina Voluntad y de la voluntad humana como de «dos potencias espirituales»: una inmensa y la otra pequeña, pero realmente capaz de querer y de recibir. La voluntad creada no es un espacio vacío que Dios ocupe sin ella. Puede abrir o cerrar; puede dar lugar a la estima propia, al placer o al pecado; y puede también querer que la Divina Voluntad sea su vida.

«Basta quererlo» no significa, por tanto: sentir un deseo pasajero, pronunciar una fórmula y considerar después que todo está definitivamente resuelto. Jesús habla de quererlo «de verdad», de decidirse, de quererlo «firmemente y perseverantemente». Y añade un detalle que impide reducirlo todo a una intención interior:

«Por tu parte se verá con los hechos, si en todas las cosas te comportarás como poseedora de una Voluntad Divina.»³

El querer del que habla implica, pues, algo más que un momento de fervor; tiende a tomar cuerpo en el modo de vivir.

El 6 de mayo de 1938 Jesús retoma la misma idea con un tono casi familiar. Lo primero indispensable es querer vivir en el Fiat; después hay que dar un

primer paso, luego otro y después otro.⁴ El texto de 1921 no queda contradicho. El comienzo sigue siendo sencillo porque el Don viene de Dios. Pero sencillo no significa instantáneo: ese querer abre un camino.

La gratuidad del Don no vuelve irrelevante el consentimiento. La criatura no puede fabricar la Vida divina, ni siquiera acumulando esfuerzos; sí puede recibirla. Y Dios toma bastante en serio esta pequeña voluntad humana como para no forzarla.

La palabra «Don» sigue siendo aquí esencial. Pero, puesto que lo que se da es una Vida, el sí que la recibe no puede quedarse en un único momento interior. Poco a poco pide toda la casa.

Notas

¹ *Libro de Cielo*, vol. 12, 16 de febrero de 1921.

² *Libro de Cielo*, vol. 33, 19 de marzo de 1935: «Figlia mia benedetta, dimmi che vuoi? Vuoi tu che la mia Volontà regni e viva in te come vita? Se veramente lo vuoi, tutto è fatto...»

³ Ibid.: «...da parte tua si vedrà con i fatti, se in tutte le cose ti comporterai come posseditrice d'una Volontà Divina.»

⁴ *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938.

3. Disponerse: recibir una Vida que quiere crecer

Una palabra aparece con frecuencia en Luisa: *disposición*. Sería engañoso tratarla como una técnica espiritual, como si el alma pudiera preparar por sí misma lo que Dios vendría después a colocar en ella. Designa más bien una verdadera disponibilidad: la de una libertad que aprende a hacer sitio a una Vida recibida.

El 23 de agosto de 1937 Jesús se alegra de encontrar «el alma dispuesta a querer escucharme y recibir el gran don» del que su palabra es portadora. Sin esa disposición, dice, su palabra no puede entregar el don que lleva. La imagen se amplía después. Puesto que la Divina Voluntad es Vida, no quiere permanecer inmóvil en la criatura; quiere crecer. Para ello espera «una atención más, un suspiro, un deseo de querer su Vida», incluso «el más pequeño acto» y «una invitación amorosa de la criatura». Sobre todo, no quiere crecer por la fuerza: quiere que también la criatura quiera ese crecimiento.¹

Aquí entra realmente en juego la disposición. El alma no produce nada divino con su propia potencia, pero su manera de recibir cuenta de verdad. Jesús distingue al alma que es «toda atención, toda ojos, todo corazón» de aquella que quiere su Voluntad sin mucha atención; en esta última, dice, la plenitud está todavía lejos.²

Una frase del 5 de enero de 1936 reúne admirablemente los dos movimientos:

«Se necesita suma atención, y mi Voluntad hará todo lo necesario para formar su Vida en la criatura.»³

La atención no fabrica esta Vida. Más bien crea el espacio humano en el que el Fiat puede formarla.

Esta atención no se reduce a una disposición general tomada una vez para siempre. El 27 de mayo de 1922 Jesús distingue el «acto preveniente» del «acto actual». Al comienzo del día, el alma puede fijar su voluntad en la de Dios, decidir vivir y obrar solo en la Divina Voluntad y colocar de antemano en ella todos sus actos. Este acto preveniente es real; da dirección a la jornada. Sin embargo, puede quedar nublado por modos humanos, por la voluntad propia, por la estima de sí o por la negligencia. El acto actual, hecho en el momento mismo de obrar, disipa esas nubes y renueva la unión. Jesús concluye sin ambigüedad:

«Pero ambos son necesarios: el preveniente da la mano, dispone y forma el plan del actual; el actual conserva y amplía el plan del preveniente.»⁴

El «sí» inicial no puede, por tanto, permanecer como un recuerdo piadoso colocado al inicio del camino. Tiene que descender a los actos. Una intención puede orientar todo un día; aún debe encontrarse con lo que sucede cuando sucede.

Esta lógica alcanza incluso las cosas más ordinarias. El 15 de agosto de 1927 Jesús habla de los pequeños sacrificios que pide: renunciar a un gusto, a un deseo, a un interés, a una vanidad, desprenderse de algo que parece casi insignificante. Estas pequeñas pruebas, dice, son como apoyos sobre los que puede colocar «el gran capital» de su gracia y preparar al alma para sacrificios mayores. Luisa recoge entonces esta fórmula:

«Los pequeños son la fuerza de los grandes, disponen a Dios a dar la gracia y al alma a recibirla.»⁵

La expresión es audaz. No significa que el hombre pueda producir en Dios la decisión de dar la gracia, como si el Don se convirtiera en salario de un esfuerzo. En el pasaje, Dios toma la iniciativa de la prueba, pide el pequeño sacrificio «para el bien» de la criatura y después abunda en gracia cuando la encuentra fiel. La relación adopta la forma de la confianza: la fidelidad en lo pequeño vuelve al alma capaz de recibir más, y Dios le confía más.

Hay aquí una ascesis, pero se parece menos a una acumulación de méritos que a un aprendizaje de la respuesta. Dios toma la iniciativa, la criatura responde y esa respuesta la abre más. Un pequeño sacrificio puede preparar una fidelidad mayor; una atención renovada hace al alma más disponible. La gracia sigue siendo primera, sin que la respuesta se vuelva decorativa.

Se comprende así mejor cómo Luisa puede escribir que «todo está hecho» cuando la voluntad se entrega de verdad y, más tarde, hablar de un acto, un suspiro, un deseo o una atención. No es una serie de pagos. Se ha recibido una Vida y esa Vida busca aún ocupar todo su espacio.

Queda una pregunta más profunda. Si es la Divina Voluntad la que da el movimiento, forma la Vida, comunica su fuerza y sostiene incluso el querer de la criatura, ¿podemos seguir diciendo que la criatura actúa realmente? ¿O todo este lenguaje de disposición, consentimiento y atención describe tan solo la manera en que deja a Dios actuar en su lugar?

Luisa responde a esta pregunta con una claridad notable.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 35, 23 de agosto de 1937.
- ² Ibid.
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 34, 5 de enero de 1936: «Attenzione somma ci vuole e la mia Volontà farà tutto ciò che ci vuole per formar la sua vita nella creatura.»
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 14, 27 de mayo de 1922.
- ⁵ *Libro de Cielo*, vol. 22, 15 de agosto de 1927: «...i piccoli sono la forza dei grandi, dispongono Dio a dare la grazia e l'anima a riceverla.»

4. «Dios lo hace todo»: ¿quién actúa entonces?

En la entrada del 2 de abril de 1933, Luisa recoge una palabra de Jesús que describe la acción divina en la criatura como un intercambio continuo. Dios da, la criatura recibe; y aparece entonces esta precisión:

«Nosotros a dar y ella a recibir; y lo que es más, la queremos junto con Nosotros obrando, no queremos hacerlo solos.»¹

Es difícil conciliar esta frase con la idea de una criatura simplemente apartada. Dios la quiere «con» Él en la operación.

Esta cooperación procede de una elección de Dios, no de una necesidad suya. Jesús subraya que puede hacerlo todo sin la criatura: su potencia no recibe nada de ella. Pero, cuando quiere obrar en una voluntad humana, respeta precisamente aquello que la hace voluntad: su libertad.

El 17 de junio de 1935 Jesús llega a presentar el querer libre como una de las delicadezas más grandes del amor creador. Dios dio al hombre una pequeña voluntad «libre» para que pudiera abrirle por sí mismo su casa. No quiere «una voluntad forzada». Quiere que la criatura conozca el bien que desea realizar en ella y que le abra las puertas «espontáneamente». Puede entonces ofrecer a su Creador algo que realmente está en su poder: su propio querer.²

El Don no hace inútil, por tanto, esta pequeña voluntad. Al contrario, la convierte en lugar de encuentro: Dios actúa allí según su potencia y la criatura responde según la suya. Jesús lo formula diciendo que quiere la voluntad humana «obrante junto con Nosotros», adaptada a Él como Él se adapta a ella.³

Por eso la muerte de la voluntad humana, tantas veces evocada por Luisa, no puede entenderse como su aniquilación. El 31 de marzo de 1929 describe su voluntad como «moribunda» bajo el imperio del Fiat. Pero añade que la Divina Voluntad no se gloria de hacerla morir del todo: si lo hiciera, perdería «su prestigio de obrar sobre una voluntad humana que, mientras vive, voluntariamente sufre sobre sí el acto vital del Fiat Divino». La voluntad creada acepta «vivir muriendo» para dar vida y dominio al Querer Supremo.⁴

Hay, pues, una muerte, pero no es la de la facultad de querer. Lo que debe morir, en Luisa, es el querer que se erige en principio separado y vuelve a apropiarse del acto como suyo. Ahora bien, esta renuncia presupone una voluntad viva: recibe «voluntariamente» el acto del Fiat. Sin esta libertad, el don de sí del que habla Luisa dejaría simplemente de tener sentido.

Esto permite comprender también la imagen de la pequeña rueda ya encontrada. La gran rueda da el movimiento y la cuerda; la pequeña no crea ni una cosa ni la otra. Sin embargo, Jesús le pide que gire continuamente y que «se preste» a recibir la cuerda. La actividad que recibe no se vuelve por ello irreal. Su movimiento es tanto más plenamente suyo cuanto más se acuerda con el movimiento que la lleva.

En 1938 Jesús resume esta relación con palabras casi familiares. Luisa querría permanecer únicamente en los gozos de la Divina Voluntad; Él le responde:

«Pero no, hija mía, hace falta también el trabajo.»⁵

Y añade:

«En el trabajo nunca te dejo sola; hago más Yo que tú; sin Mí no habrías podido hacerlo.»⁶

«Hago más Yo que tú» no significa que Jesús se sustituya a Luisa. Expresa ante todo la desproporción: su acción precede, sostiene y hace posible la acción de la criatura. Pero el trabajo pedido tiene que hacerse realmente.

El «Jesús lo hace todo» de Luisa se entiende mal si se piensa como un reparto de porcentajes, con todo del lado de Dios y nada del lado del hombre. Eso colocaría a ambos agentes en el mismo plano. Los textos más explícitos dicen otra cosa: la acción de Dios se vuelve más profunda, mientras la voluntad humana permanece viva, consintiendo, atenta y comprometida con Él.

Aquí las mismas palabras pueden llevar en dos direcciones muy distintas. Decir que Dios es el principio vivo del acto no significa todavía que la voluntad humana deba extinguirse. Sin embargo, la confusión es posible, y la historia de la espiritualidad cristiana ofrece un ejemplo muy concreto.

Notas

¹ *Libro de Cielo*, vol. 32, 2 de abril de 1933: «...la vogliamo insieme ad operare, non vogliamo fare da soli.»

² *Libro de Cielo*, vol. 33, 17 de junio de 1935.

³ *Ibid.*: «...lo vogliamo operante insieme con Noi...»

⁴ *Libro de Cielo*, vol. 25, 31 de marzo de 1929.

⁵ *Libro de Cielo*, vol. 36, 15 de mayo de 1938: «...ci vuole pure il lavoro...»

- ⁶ Ibid.: «...nel lavoro non ti lascio mai sola, faccio più Io che tu, senza me non avresti potuto farlo.»

5. El quietismo: cuando el abandono se convierte en pasividad

Las palabras utilizadas por Luisa encuentran aquí un precedente histórico que sería difícil ignorar. En 1687 el papa Inocencio XI condenó sesenta y ocho proposiciones vinculadas a la enseñanza de Miguel de Molinos. Conviene apartar de entrada una posible confusión de nombres: Miguel de Molinos, figura del quietismo del siglo XVII, no es Luis de Molina, el teólogo jesuita cuyo nombre está asociado al «molinismo» en los debates sobre la gracia y la libertad.

Lo que fue condenado en Molinos no era la contemplación, ni el silencio interior, ni el abandono a Dios en sí mismos. El problema surgía cuando el primado de la acción divina llevaba a devaluar la actividad propia de la criatura. Dos proposiciones bastan para mostrar el punto de ruptura:

«Querer actuar activamente es ofender a Dios, que quiere ser Él mismo el único agente; por tanto, hay que abandonarse enteramente en Dios y después permanecer como un cuerpo inanimado.»¹

Y también:

«La actividad natural es enemiga de la gracia e impide las operaciones de Dios y la verdadera perfección, porque Dios quiere obrar en nosotros sin nosotros.»²

La expresión «en nosotros sin nosotros» aparece en otra proposición: después de entregar a Dios el libre albedrío, el alma debería dejarle toda reflexión y todo cuidado sobre sí misma, para que Él cumpla así su voluntad en ella.³ La lógica se extiende después a los actos concretos. Frente a la tentación solo sería necesaria una resistencia negativa, «sin aplicar ninguna energía»; en la oración perfecta habría que permanecer sin producir actos; y, una vez llegada a la «muerte mística», el alma ya no tendría siquiera voluntad, pues Dios se la habría quitado.⁴

Se comprende fácilmente por qué algunas frases de Luisa pueden provocar inquietud. «Tú no harás nada; Yo lo haré todo.» Las pasiones que mueren «sin combatir». La voluntad humana que debe morir. El alma que «mientras no hace nada, lo hace todo». Tomadas aisladamente, las semejanzas verbales son llamativas.

Pero unas palabras comunes no bastan para decidir la cuestión. Hay que mirar qué hacen con la criatura. En las proposiciones condenadas de Molinos, el ideal

tiende hacia el cuerpo inanimado, y la actividad humana se vuelve sospechosa porque parecería obstaculizar a Dios. En Luisa, por el contrario, la voluntad humana permanece viva precisamente para poder consentir. Jesús dice que no quiere obrar solo; pide atención, acto actual, fidelidad en las cosas pequeñas e incluso trabajo.

La proximidad verbal puede, por tanto, engañar. En 1687 se condena la idea de que Dios deba ser «el único agente» mientras la criatura permanece como un cuerpo sin vida. En Luisa, Jesús puede decir que lo hace todo y, sin embargo, sigue hablando de una pequeña voluntad humana que recibe voluntariamente el acto vital del Fiat. La pequeña rueda gira precisamente porque recibe la cuerda.

El quietismo ayuda así a ver dónde puede deslizarse el lenguaje. Si el primado de Dios termina eliminando el acto creado, entonces «morir a la propia voluntad» acaba significando perder la voluntad, y «no hacer nada» se convierte en no actuar. Las proposiciones condenadas muestran de manera muy concreta esa pendiente.

Más adelante aparecerán otros paralelismos cuando tratemos la oración por uno mismo, las virtudes, la confesión y la autoridad espiritual. Pero el núcleo del problema ya está a la vista. Una mística de la acción divina puede exaltar al máximo la iniciativa de Dios; atraviesa otra frontera cuando convierte a la criatura en un sujeto inerte.

La tradición católica había formulado esta frontera mucho antes de la crisis quietista.

Notas

- ¹ Inocencio XI, constitución *Coelestis Pastor*, 20 de noviembre de 1687, proposición 2, Dz 2202: «Velle operari active, est Deum offendere, qui vult esse ipse solus agens [...] permanere velut corpus exanime.» Traducción de trabajo en el texto.
- ² Ibid., proposición 4, Dz 2204: «Activitas naturalis est gratiae inimica [...] quia Deus operari vult in nobis sine nobis.»
- ³ Ibid., proposición 13, Dz 2213.
- ⁴ Ibid., proposiciones 17, 21 y 61, Dz 2217, 2221 y 2261.

6. La frontera católica: gracia preveniente y verdadera cooperación

El Concilio de Trento ya había expresado con gran claridad la relación entre gracia y libertad. Dios toma la iniciativa: el hombre no se mueve por sí mismo hacia la justificación; es prevenido, llamado y ayudado por la gracia. Pero esta gracia se dirige a una libertad real, capaz de asentir y capaz también de resistir.¹

El canon 4 del decreto sobre la justificación toca exactamente el punto que más tarde será decisivo en la condena del quietismo. Rechaza la idea de que el libre albedrío, movido y excitado por Dios, «no coopere en nada» al asentir a la llamada divina y permanezca «como algo inanimado», puramente pasivo.² El canon siguiente añade que el libre albedrío no fue perdido ni extinguido por el pecado de Adán.³

La cooperación de la que habla la Iglesia no coloca a Dios y al hombre en pie de igualdad. Dios precede, despierta, sostiene y hace posible incluso la respuesta que pide. El Catecismo retoma el lenguaje de Trento al decir que la justificación «establece la colaboración entre la gracia de Dios y la libertad del hombre». Y añade:

«Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está inerte al recibir esta inspiración, que puede también rechazar; y sin embargo, sin la gracia de Dios, no puede con su libre voluntad orientarse hacia la justicia delante de Dios.»⁴

Esta frase mantiene juntas dos cosas que sería fácil separar: la gracia viene primero y, sin embargo, el hombre que la recibe no es inerte.

La teología católica comprende la acción divina como fuente de la acción creada, no como una fuerza que ocupa su lugar. El Catecismo habla de Dios como Causa primera que actúa «en y por las causas segundas» y que otorga a las criaturas «la dignidad de actuar por sí mismas».⁵ La causalidad divina abre el espacio de la criatura porque funda su capacidad de actuar.

San Juan Pablo II ofrece una formulación especialmente iluminadora para nuestro tema. En *Veritatis splendor* habla de «teonomía», o de «teonomía participada»:

«la obediencia libre del hombre a la ley de Dios implica efectivamente que la razón y la voluntad humanas participan de la sabiduría y de la providencia de Dios.»⁶

El contexto es la vida moral, no la experiencia mística de Luisa. Sin embargo, la estructura resulta fecunda: obedecer a Dios no significa que el hombre quede sometido exteriormente a una voluntad ajena a su libertad. Su razón y su voluntad son llamadas a participar de la sabiduría y de la providencia divinas. La obediencia libre se convierte en participación.

Las páginas más equilibradas de Luisa pueden leerse bien bajo esta luz. Cuando Jesús dice que quiere la voluntad humana «obrante junto con Nosotros», no le entrega una parte de su soberanía; la asocia a su acción. Y la pequeña rueda, al recibir el movimiento de la grande, no deja por ello de girar.

La enseñanza católica sobre la oración conserva la misma estructura incluso en los estados más altos de unión. La carta *Orationis formas*, publicada en 1989 por la Congregación para la Doctrina de la Fe, describe la oración cristiana como «el encuentro de dos libertades: la libertad infinita de Dios y la libertad finita del hombre».⁷ Más adelante recuerda que, incluso en los estados más elevados de gracia, «nunca es posible una absorción del yo humano en el Yo divino».⁸ La unión puede llegar hasta la divinización por gracia; la criatura sigue siendo criatura, con libertad, alteridad y capacidad de responder.

La permanencia del sujeto creado se reconoce también por sus frutos. La contemplación cristiana, dice el mismo documento, conduce continuamente al amor al prójimo, a la acción y a la aceptación de las pruebas.⁹ La unión con el Padre no apartó a Cristo de su misión; lo llevó a cumplir la voluntad del Padre incluso en la Pasión. Del mismo modo, la interioridad cristiana se realiza en una acción cada vez más concorde con Dios.

Podemos, por tanto, conservar toda la fuerza de «Dios lo hace todo» sin volver ficticia la libertad. Todo viene de Dios como de la Fuente: el ser, la gracia, el movimiento hacia el bien, la fecundidad sobrenatural del acto. Y precisamente porque Él da a la criatura la capacidad de actuar puede querer su consentimiento real.

Vista así, la palabra de 1938 adquiere una densidad particular: «hago más Yo que tú; sin Mí no habrías podido hacerlo». Jesús no mide dos partes independientes de la misma obra. Señala una dependencia más profunda: el obrar humano existe, pero recibe de Dios su propia posibilidad y, en la vida del Fiat, busca recibir de Él hasta su principio interior.

Esta articulación da una primera respuesta a las fórmulas con las que comenzamos. Sin embargo, algunos pasajes de Luisa parecen ir todavía más lejos: no combatir ya las pasiones, no pensar ya en uno mismo, no pedir ya por uno mismo, dejar morir las virtudes en su modo humano. Es preciso volver ahora a estos textos.

Notas

- ¹ Concilio de Trento, sesión VI, Decreto sobre la justificación, cap. 5, Dz 1525.
- ² Ibid., canon 4, Dz 1554.
- ³ Ibid., canon 5, Dz 1555.
- ⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1993, con remisión al Concilio de Trento, sesión VI, cap. 5.
- ⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 306-308.
- ⁶ Juan Pablo II, encíclica *Veritatis splendor*, 6 de agosto de 1993, n. 41; cf. también nn. 42 y 103.
- ⁷ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana (Orationis formas)*, 15 de octubre de 1989, n. 3.
- ⁸ Ibid., n. 14.
- ⁹ Ibid., n. 13.

7. ¿No combatir ya, no pensar ya en uno mismo?

Los principios están ya bastante claros. Algunos pasajes, sin embargo, siguen siendo ásperos. Se refieren a gestos muy ordinarios de la vida espiritual: combatir las pasiones, mirar los propios defectos, pedir perdón por uno mismo.

El 23 de diciembre de 1900 Jesús dice a Luisa que, si permanece en su Voluntad, ya no tendrá necesidad de luchar continuamente contra sus pasiones. Ante la santidad del Querer Divino morirán «sin combatir, sin estrépito, dulcemente».¹ La afirmación es fuerte. Pero no describe un alma que, por definición, se haya vuelto incapaz de ser tentada. El mismo pasaje da su propio criterio: si vuelven a sentirse movimientos de las pasiones, es señal de que el alma «no hace morada continua» dentro de los confines de la Divina Voluntad; hace «salidas», «escapadas» a su propio querer.

El combate parece desplazarse de centro. La atención ya no queda absorbida por completo por la pasión en sí misma; se dirige a permanecer en el movimiento recibido de Dios y a no retomar un querer separado. Hay todavía algo que custodiar. Casi treinta años después Jesús dirá de nuevo: «sé atenta», y que tu vivir en el Fiat «sea continuo».² La dulzura de la que habla no tiene, por tanto, nada que ver con una somnolencia espiritual.

Más desconcertante todavía es el pasaje del 1 de noviembre de 1912. Luisa está rezando y reparando por todos; en la amargura causada por la ausencia sensible de Jesús, piensa de pronto en sí misma y pregunta: «Ten piedad de mí, perdona a esta alma; ¿tu Sangre y tus penas no son también mías?» Jesús le responde que pensando en sí misma se empobrece y añade que, en su Voluntad, ha de rezar y reparar por los demás. Llega a preguntarle:

«¿No te parece extraño que quien ha formado una sola cosa, un solo querer conmigo, me pida piedad, perdón, sangre, penas, cuando la he constituido dueña junto conmigo?»³

Aquí tocamos una de las afirmaciones más difíciles de todo el conjunto. Puede recordar la idea quietista según la cual un alma que ha alcanzado cierto estado ya no debería examinar su condición ni pedir por sí misma. Varias proposiciones condenadas de Molinos iban precisamente en esa dirección: no reflexionar ya sobre los propios defectos o perfección, no preocuparse ya por la salvación e incluso considerar ciertas peticiones o acciones de gracias incompatibles con el

estado de perfecta resignación.⁴

El contexto de Luisa, sin embargo, es muy particular. Jesús no habla a un alma que busque dispensarse de la conversión; se dirige a Luisa mientras ya está rezando y reparando por todos, y funda su palabra en una unión que describe como ya formada: «una sola cosa, un solo querer conmigo». La palabra presupone, por tanto, la gracia de la que habla. Tomada aisladamente, no es un atajo por el que cualquiera pueda declararse llegado a ese estado y deducir luego que el arrepentimiento ha dejado de ser necesario.

Esto importa aún más porque la tentación de la presunción es real: bastaría atribuirse la unión descrita para convertir una palabra de olvido de sí en una exención espiritual. Sin embargo, los textos ya encontrados exigen precisamente que la verdad del Fiat se verifique «con los hechos», en la atención, la fidelidad y la ausencia de faltas voluntarias.

El 25 de diciembre de 1937 el mismo tema reaparece bajo otra forma. Jesús pide a Luisa que no se ocupe de sus debilidades, miserias y males. Cuanto más se piensa en ellos, dice, más débil se siente uno y más se estrechan esas miserias alrededor de la criatura; si se deja de alimentarlas con el pensamiento, pierden fuerza. El bien, por el contrario, llama al bien: «un acto de amor llama a otro amor; un abandono en mi Voluntad hace sentir en uno mismo la nueva Vida Divina». Por eso quiere que su pensamiento se ocupe de amarlo y de vivir en su Voluntad.⁵

La palabra apunta aquí a una fijación interior que alimenta lo que contempla. Invita al alma a desplazar la mirada de sí misma hacia Dios y hacia el bien que ha de realizar. A la luz de los criterios ya establecidos —libertad real, deberes, ausencia de faltas voluntarias, actos actuales—, este desplazamiento no abole la conversión; se niega a convertir el examen de sí en el centro permanente de la vida espiritual.

Hay aquí un matiz importante. Mirar el propio pecado puede conducir al arrepentimiento; mirarse continuamente también puede encerrar al alma en sí misma. Luisa lleva muy lejos el movimiento hacia Dios, hasta dejar de hacer del combate contra sí misma el centro de la vida interior. Ese movimiento se volvería malsano si se utilizara para negar una culpa real. Los demás textos sobre el Fiat no apuntan en esa dirección.

La cuestión nos conduce inmediatamente a las propias virtudes. Si el alma ya no ha de construirse mediante un esfuerzo centrado en sí misma, ¿qué significa exactamente la expresión más radical de todas: «destruir las virtudes al modo humano»?

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 4, 23 de diciembre de 1900.
- ² *Libro de Cielo*, vol. 26, 9 de mayo de 1929.
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 11, 1 de noviembre de 1912: «Non ti pare strano che chi ha formato una sola cosa, un solo volere con Me, mi domandi pietà, perdono, sangue, pene [...]?»
- ⁴ Inocencio XI, *Coelestis Pastor*, proposiciones 8-15, Dz 2208-2215.
- ⁵ *Libro de Cielo*, vol. 35, 25 de diciembre de 1937.

8. Las virtudes: ¿destruidas, absorbidas, convertidas en Vida?

El 7 de enero de 1921 las palabras siguen siendo deliberadamente abruptas. Jesús dice a Luisa que será únicamente «el sonido» de su voz, «la portadora» de su Querer, y habla después de la Divina Voluntad como la que «destruye las virtudes al modo humano» y «las hace resurgir al modo divino».¹ Luisa dice enseguida que se sintió «toda anulada», en un contexto donde alude también a un sacrificio tan duro que no quiere precisarlo por escrito.

Conviene dejar que el vocabulario conserve su aspereza. «Destruir» dice más que «mejorar», y «hacer resurgir» presupone que ha habido un paso. Luisa no está hablando simplemente de virtudes ordinarias practicadas con más fervor.

El pasaje del 14 de agosto de 1917 ofrece una primera clave. Luisa escribe:

«En el Querer Divino las virtudes toman su lugar en el orden divino; fuera de Él, en el orden humano, están sujetas a la estima propia, a la vanagloria y a las pasiones.»²

Pero esta distinción entre orden humano y orden divino no transmite todavía toda la fuerza de sus escritos. Otros textos van más lejos y hablan de una verdadera absorción de las virtudes en el amor.

El 16 de octubre de 1905 Luisa acaba de leer un libro sobre las virtudes y se inquieta porque casi no reconoce ninguna en sí misma. Encuentra solo una cosa: quiere amar a Jesús, lo ama y quiere ser amada por Él. El encabezamiento de la entrada resume el tema diciendo que cuanto más se acerca el alma al amor de Dios, más «desaparecen las virtudes absorbidas en el amor». Las palabras directas de Jesús son todavía más iluminadoras:

«Hija mía, cuanto más llega el alma al término, para acercarse a la fuente de todo bien, que es el verdadero y perfecto amor de Dios, donde todo quedará sumergido y solo el amor quedará a flote para ser el motor de todo, así el alma perderá todas las virtudes que ha practicado durante el camino, para encerrarlo todo en el amor y descansar de todo para solo amar.»³

Lo que sigue impide, sin embargo, entender esta «pérdida» como un vacío moral. Jesús explica que, a medida que el alma avanza, siente cada vez menos el trabajo distinto de las diversas virtudes porque el amor, al investir las a todas, las convierte en sí mismo, las guarda en reposo dentro de sí «como tantas nobles

princesas» y él solo obra y da vida a todas. Da un ejemplo muy concreto: el alma obedece, pero ya no vive su acto principalmente bajo la categoría separada de la obediencia; lo que siente es que ama, porque obedeció por amor.⁴

Un texto de 1910 desarrolla la misma intuición. Jesús dice que el amor «lo encierra todo, lo encadena todo, da vida a todo»; puede decirse que el amor es paciencia, obediencia, dulzura, fortaleza, paz: «lo es todo». Y añade que las virtudes, si no reciben vida del amor, a lo sumo pueden llamarse virtudes naturales; el amor las cambia en virtudes divinas.⁵

El punto se vuelve aún más claro el 30 de julio de 1929. Jesús contrapone a quien practica santamente las virtudes «en el orden humano» con quien las obra «en el orden divino» de su Divina Voluntad. En el orden humano, la paciencia, la obediencia, la caridad y las demás virtudes permanecen como actos distintos. En la Divina Voluntad, su luz posee una «virtud comunicativa y unitiva» que funde las obras entre sí de modo que formen «un solo acto, con innumerables efectos». Jesús lo compara al sol: una sola luz produce muchos colores y efectos sin dejar de ser un único sol.⁶

Esto va más lejos que decir que las virtudes permanecen simplemente una junto a otra, pero son practicadas con más gracia. En el lenguaje de Luisa, su trabajo distinto tiende a desaparecer como contabilidad espiritual separada. Quedan reunidas en un principio de vida más unificado: el amor divino y la Divina Voluntad obrando en la criatura.

El texto del 20 de noviembre de 1938 lleva el lenguaje un paso más allá. Jesús dice que quien vive en la Divina Voluntad ha recibido de Dios la virtud de producir «Vida, no obras», porque cuando Dios da su Santidad, su Amor y los demás bienes, da «la virtud generativa», y la criatura «continuamente genera Vida de Santidad, Vida de Amor, Vida de Luz, de Bondad, de Potencia, de Sabiduría». Las otras criaturas, añade, pueden dar a lo sumo obras de santidad y de amor, «pero no Vida».⁷

También este vocabulario debe ser escuchado. La afirmación de Luisa no consiste simplemente en que las virtudes cristianas se vuelvan más fáciles o más intensas. Describe un paso desde una colección de obras virtuosas hacia la participación en una Vida que lleva en sí la santidad, el amor, la luz, la bondad, la potencia y la sabiduría.

Aquí la teología católica ofrece un punto de contacto útil sin agotar la afirmación propia de Luisa. El Catecismo dice que la caridad «es la forma de las virtudes»; san Pablo afirma que, al final, la caridad no pasa nunca.⁸ El amor posee ya, en la doctrina cristiana ordinaria, una función unificadora y animadora. Luisa lleva esta unidad al lenguaje propio del Fiat y habla de la Divina Voluntad dando vida a todas las virtudes hasta que su trabajo separado queda, por así decirlo,

sumergido en una operación divina más unificada.

Podemos conservar así toda la radicalidad de la palabra *distruggitrice* sin concluir que la paciencia, la obediencia, la humildad o el sacrificio dejen de existir. Su realidad concreta permanece. Se sigue obedeciendo; se sigue soportando, sirviendo, perdonando, entregándose. Pero el alma ya no experimenta necesariamente cada uno de estos actos como una virtud separada que intenta poseer y perfeccionar. El amor puede convertirse en su motivo inmediato y el Fiat en el principio vivo que los anima a todos.

El texto del 9 de mayo de 1929 confirma esta continuidad en el corazón mismo del paso hacia un nuevo orden. Jesús llama a la santidad humana «el escabel» y «el trono» de la santidad de vivir en el Fiat.⁹ Un escabel es superado, pero no despreciado; un trono está ordenado a lo que sostiene. Las luchas, los sacrificios y las virtudes de la etapa anterior son asumidos en una manera de vivir en la que la criatura recibe más profundamente el principio de su acto.

La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad expresa la misma realidad con una precisión antropológica particularmente valiosa. En la prueba en la que María debe entregar su voluntad a Dios, la Divina Voluntad le dice:

«La conservarás, pero vivirás como si no la tuvieras, teniéndola bajo el imperio total de mi Divina Voluntad, que será tu Vida.»¹⁰

El texto es precioso porque afirma claramente que la voluntad humana permanece. Su sacrificio no consiste en perder la facultad de querer, sino en renunciar a hacer de ella una vida separada de la Divina Voluntad.

Esto ilumina también la «muerte» de la voluntad encontrada antes. Morir a la propia voluntad no es dejar de querer; es dejar de querer separadamente de Dios. Lo contrario de la voluntad propia no es la ausencia de voluntad, sino una voluntad que se vuelve filial.

Las virtudes pueden leerse entonces desde este mismo punto de vista. La humildad se vuelve menos una vigilancia ansiosa de la propia pequeñez que la verdad de una criatura que sabe recibir. La obediencia sigue siendo un acto libre, la paciencia conserva su carne concreta, y también el sacrificio. Lo que cambia en el lenguaje de Luisa es su centro: se viven cada vez menos como una perfección que uno posee y cada vez más como una manera de dejar que el Fiat tome forma en un acto humano.

Por eso Luisa puede utilizar el lenguaje de destrucción, absorción e incluso de «Vida, no obras», mientras sigue describiendo en otros lugares la santidad como más estable, más sacrificada y más atenta al deber. Las virtudes no desaparecen en una mística indiferenciada. Su trabajo distinto queda reunido en la unidad viva del amor y del Fiat.

Y esta transformación posee un criterio muy terreno: el deber concreto.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 12, 7 de enero de 1921.
- ² *Libro de Cielo*, vol. 12, 14 de agosto de 1917: «Nel Voler Divino le virtù prendono posto nell'ordine divino; invece fuori di Esso, nell'ordine umano, sono soggette a stima propria, a vanagloria, a passioni.»
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 6, 16 de octubre de 1905. El encabezamiento de la entrada —distinto de las palabras directas de Jesús— resume: «Quanto più l'anima si avvicina all'amore di Dio, tanto più le virtù scompaiono assorbite nell'amore.» Jesús dice después: «Figlia mia, quanto più l'anima giunge al termine, per avvicinarsi alla fonte di ogni bene, qual è il vero e perfetto amore di Dio, dove tutto resterà sommerso e solo l'amore galleggerà per essere il motore di tutto, così l'anima smarrirà tutte le virtù che ha praticato per il viaggio, per rinchiudere tutto nell'amore e riposarsi di tutto per solo amare [...] Così l'anima, più cammina, meno sente il diverso lavoro delle virtù, perché l'amore investendo tutte le virtù, le converte tutte in sé, tenendole in se stesso a riposo, come tante nobili principesse, lavorando lui solo e dando vita a tutte [...] L'anima non sente in questo che obbedisce, ma solo che ama, perché ha ubbidito solo per amore.»
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 6, 16 de octubre de 1905. El encabezamiento de la entrada —distinto de las palabras directas de Jesús— resume: «Quanto più l'anima si avvicina all'amore di Dio, tanto più le virtù scompaiono assorbite nell'amore.» Jesús dice después: «Figlia mia, quanto più l'anima giunge al termine, per avvicinarsi alla fonte di ogni bene, qual è il vero e perfetto amore di Dio, dove tutto resterà sommerso e solo l'amore galleggerà per essere il motore di tutto, così l'anima smarrirà tutte le virtù che ha praticato per il viaggio, per rinchiudere tutto nell'amore e riposarsi di tutto per solo amare [...] Così l'anima, più cammina, meno sente il diverso lavoro delle virtù, perché l'amore investendo tutte le virtù, le converte tutte in sé, tenendole in se stesso a riposo, come tante nobili principesse, lavorando lui solo e dando vita a tutte [...] L'anima non sente in questo che obbedisce, ma solo che ama, perché ha ubbidito solo per amore.»
- ⁵ *Libro de Cielo*, vol. 10, 23 de noviembre de 1910: «Figlia mia, l'amore

racchiude tutto, incatena tutto, dà vita a tutto [...] l'amore si può dire: È pazienza, l'amore è ubbidienza, è dolcezza, è fortezza, è pace, è tutto [...] tutte le virtù se non hanno vita dall'amore, al più si possono chiamare virtù naturali, ma l'amore le cambia in virtù divine.»

- ⁶ *Libro de Cielo*, vol. 26, 30 de julio de 1929: «Figlia mia, che differenza tra chi opera le virtù santamente, ma nell'ordine humano e chi opera le virtù nell'ordine divino della mia Divina Volontà [...] Invece in chi opera nella mia Divina Volontà, la sua luce ha la virtù comunicativa ed unitiva, che fondendo insieme tutte le opere [...] formano un atto solo, con effetti innumerevoli [...] Simbolo del Sole [...] dà tutte le tinte e comunica la vita della sua luce a tutti ed a tutto.»
- ⁷ *Libro de Cielo*, vol. 36, 20 de noviembre de 1938: «vivendo nel nostro Volere, essa ha ricevuto da Noi virtù di poter produrre Vita, non opere, perché Noi nel dare la nostra Santità, il nostro Amore ed altro, diamo la virtù generativa ed essa genera continuamente Vita di Santità, Vita d'Amore, Vita di Luce, di Bontà, di Potenza, di Sapienza [...] Le altre creature ci possono dare, tutt'al più, opere di santità, d'amore, ma non Vita.»
- ⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1827: «El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad [...] es la forma de las virtudes.» Cf. 1 Co 13,8.13.
- ⁹ *Libro de Cielo*, vol. 26, 9 de mayo de 1929.
- ¹⁰ *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, cuarto día, «La prueba»: «La conservarás, pero vivirás como si no la tuvieras, teniéndola bajo el imperio total de mi Divina Voluntad, que será tu Vida...» Traducción controlada sobre el italiano.

9. El abandono no dispensa del deber

El pasaje del 14 de agosto de 1917 contiene una crítica severa de ciertas formas de vida devota. Luisa habla de quienes identifican la santidad con las prácticas de piedad, con los oficios frecuentados, con las confesiones multiplicadas o con una dirección espiritual minuciosa, mientras su voluntad permanece lejos de la de Jesús. El signo revelador es muy concreto: se preocupan poco de sus deberes, se irritan cuando sus prácticas son interrumpidas, se quejan, desobedecen o perturban a su familia. Luisa llama a esto «falsa santidad».¹

La santidad de la Divina Voluntad, por el contrario, es descrita como «atenta a sus propios deberes» y profundamente sacrificada. Las obligaciones ordinarias no se convierten, por tanto, en un piso inferior de la vida espiritual. Son, al contrario, uno de los lugares donde se verifica su verdad.

El libro mariano lo expresa casi como un axioma en el día de la Circuncisión. María contempla a Jesús, Autor de la Ley, sometándose a la ley recibida por su pueblo, y extrae esta lección:

«La santidad está en el propio deber, en la observancia de las leyes y en cumplir la Divina Voluntad; santidad sin deber no existe. Es el deber el que pone el orden, la armonía y el sello a la santidad.»²

La escena casi habla por sí sola. María no permanece en una espera interior mientras Dios hace lo que hay que hacer. Sufre, discierne con José y cumple el acto que se le pide, a pesar de lo que cuesta a su corazón de madre. El Fiat pasa por este acto concreto.

El mismo realismo aparece en las escenas ordinarias del libro mariano: ir a buscar agua, preparar lo necesario, servir, viajar, cuidar de Jesús. El Fiat no quita nada a la densidad de la existencia cotidiana. Quiere ser vivido también ahí.

Jesús dice algo parecido a Luisa el 10 de noviembre de 1927. Después de llamarla a formar en sus actos el modelo del regreso al Fiat, concluye:

«Por eso tus deberes son grandes [...] y en todos tus actos haz que corra la vida de mi Querer Divino, para que te suministre todo lo necesario.»³

Si esos deberes son «grandes», es precisamente porque el Fiat quiere pasar a través de ellos. El acto humano más ordinario no es un residuo que deba dejarse atrás a medida que se avanza en la vida interior; se convierte en la materia misma en la que la acción divina puede ser recibida.

Esta perspectiva ayuda también a comprender el cambio de ascesis del que hemos hablado. Vivir en la Divina Voluntad puede desplazar el centro de atención: menos preocupación ansiosa por construir la propia perfección, más consentimiento al acto que Dios da para realizar. Pero el acto dado puede ser humilde, repetitivo, doloroso, oscuro. Puede exigir levantarse, servir, callar, hablar, reparar una falta, obedecer o volver a empezar.

El abandono cristiano alcanza aquí una de sus formas más concretas: hacer lo que se da, sin reapropiarse del acto como obra separada de Dios. El deber se convierte así en uno de los lugares más sencillos y seguros donde la Divina Voluntad quiere vivir y actuar.

Este criterio resulta especialmente importante cuando llegamos a la mediación sacramental y a la obediencia eclesial. Una espiritualidad podría parecer perfectamente abandonada a Dios y, sin embargo, eludir, en nombre de una luz interior, los medios por los cuales Dios mismo ha querido llegar a su Iglesia.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 12, 14 de agosto de 1917.
- ² *La Reina del Cielo en el Reino de la Divina Voluntad*, meditación de la Circuncisión (vigésimotercer día en la secuencia de referencia). La edición española de trabajo empleada en *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad* la sitúa como Día 21.
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 23, 10 de noviembre de 1927: «Perciò i tuoi doveri sono grandi [...] in tutti i tuoi atti fa' che scorra la vita del mio Volere Divino...»

10. Sacramentos y obediencia: el caso límite del 5 de noviembre de 1923

El 5 de noviembre de 1923 es probablemente el pasaje más delicado de todo este estudio. Reúne obediencia, confesión, Eucaristía y esa «Vida real» de Jesús en el alma que vive en el Fiat. Sobre todo, una situación muy particular podría leerse fácilmente como una regla general si se avanza demasiado deprisa.

Luisa comienza contando que su confesor le negó la absolución porque no se había abierto a él con suficiente confianza. Después de recibir la Comunión, se vuelve interiormente a Jesús y le pide:

«Tú que eres el sumo de los sacerdotes, dame Tú la absolución; dime que me perdonas las culpas que hay en mi alma; hazme oír tu voz dulcísima que me da vida y perdón.»¹

Luisa no ha decidido, por tanto, que la confesión se haya vuelto innecesaria para ella. Quería recibir la absolución y su confesor se la negó. El resto del pasaje debe leerse desde esta privación, no desde una decisión de liberarse del sacramento.

Es entonces cuando comienza la larga enseñanza sobre la «Vida real». Jesús se muestra a Luisa bajo velos sacramentales y compara los actos hechos en la Divina Voluntad con «accidentes» capaces de encerrarlo en el alma. Luisa misma se sorprende y le pregunta si no se trata simplemente de la vida mística ordinaria de las almas en gracia. La respuesta es categórica: «No, no, no es vida mística.» Jesús desarrolla una analogía directa con su presencia en la Eucaristía y dice que quiere formar en Luisa su primera «Vida real».²

La cuestión de esta «Vida real» ya ha sido desarrollada en *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad*. Para nuestro propósito basta recordar esto: Luisa no describe una nueva presencia sacramental, y mucho menos una presencia más sustancial que la eucarística. La analogía concierne, entre otras cosas, a la respuesta libre del alma: allí donde las especies sacramentales no tienen voluntad propia, la criatura puede consentir y amar.³ Esto no la convierte en sacramento en sentido propio y, evidentemente, no le confiere ningún poder sacerdotal.

El pasaje vuelve entonces a la crisis concreta de Luisa. Jesús le dice:

«Lo que quiero es que tú no pongas nada de lo tuyo y que obedezcas cuanto puedas.»⁴

Y después vienen las palabras más sensibles:

«Mi Voluntad encierra todos los sacramentos y sus efectos; por eso abandónate del todo en mi Voluntad, hazla toda tuya, y recibirás los efectos de la absolución o de cualquier otra cosa que te fuese negada.»⁵

Aquí la proximidad con algunas proposiciones quietistas condenadas es real. Molinos podía presentar la vía interior como independiente de la confesión y de los confesores; otra proposición contemplaba incluso que Dios supliera por sí mismo cuando la confesión se volvía imposible.⁶ Separada de su historia y convertida en principio general, la frase de Luisa se volvería, por tanto, muy problemática.

El contexto, sin embargo, va en otra dirección. Luisa pide la absolución; no elige verse privada de ella. Jesús le dice que obedezca «cuanto pueda». La acción suplente de la que habla aparece precisamente allí donde una mediación deseada le es negada. Estamos lejos de una vía paralela en la que el alma decide que ya no necesita los sacramentos.

La doctrina católica conoce esta distinción entre la eficacia de Dios y el orden sacramental que Él mismo ha instituido. A propósito de la reconciliación, el Catecismo enseña que la contrición perfecta puede obtener el perdón de los pecados graves incluso antes de la confesión sacramental, con tal de que incluya la firme resolución de recurrir al sacramento lo antes posible.⁷ La acción de Dios no está, por tanto, materialmente confinada al instante en que puede recibirse el signo sacramental; pero esta acción no destruye ni el deseo del sacramento ni el orden eclesial que lo porta.

Sería excesivo identificar sin más el caso de Luisa con la doctrina de la contrición perfecta: el texto no ofrece los elementos necesarios para establecer esa equivalencia. Manifiesta, sin embargo, una estructura análoga. Dios puede suplir en una privación que el alma no ha elegido; tal acción suplente no funda ningún derecho a eludir el medio sacramental.

El resto de la vida de Luisa confirma la dirección de esta lectura. Los testimonios reunidos por el P. Bernardino Bucci la muestran estrechamente sometida a sus confesores y a las decisiones eclesiásticas que estructuraron su vida. Un testigo cercano refiere que nada relativo a sus fenómenos extraordinarios debía divulgarse sin permiso del sacerdote y que Luisa «no hacía nada ni escribía nada sin la autorización de su confesor». En otra ocasión, cuando se le exigió comer a pesar de los fenómenos físicos que hacían esto penoso, su respuesta fue sencillamente: «Obedezcamos.»⁸

Este rasgo biográfico no prueba por sí solo la corrección teológica de cada fórmula del *Libro de Cielo*. Sí muestra, sin embargo, que el 5 de noviembre de 1923

no pertenece a una espiritualidad de ruptura con la autoridad sacramental o eclesial. Esto importa si recordamos que el quietismo condenado podía llegar hasta sustraer la vía interior al juicio de los superiores y de la Iglesia.⁹

Podemos, por tanto, leer la fórmula de Luisa sin banalizarla. En su lenguaje, la Divina Voluntad encierra todos los bienes que Dios quiere comunicar; Dios sigue siendo soberanamente libre de actuar. Pero nada en esta página autoriza a la criatura a declararse dispensada de los medios confiados a la Iglesia. En 1923, el Fiat adopta la forma mucho más humilde de la fidelidad en la privación: Luisa desea la absolución, obedece a su confesor y se abandona a Dios cuando no puede recibir lo que había pedido.

Por eso el pasaje debe seguir siendo un caso límite y no convertirse en una fórmula práctica separada de su historia. Sería infiel a Luisa concluir: «Puesto que la Divina Voluntad encierra los sacramentos, ya no los necesito». Su relato dice otra cosa: cuando la criatura quiere recibir lo que Dios ha instituido, pero se ve privada de ello sin haber elegido esa privación, puede todavía arrojarse en el Fiat con confianza, sin convertir esa confianza en rival de los sacramentos.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 16, 5 de noviembre de 1923: «Tu che sei il sommo dei sacerdoti, dammi Tu l'assoluzione, dimmi che mi perdoni le colpe che ci sono nell'anima mia...»
- ² Ibid. El encabezamiento de la entrada dice: «Gli atti fatti nel Divin Volere formano gli accidenti che imprigionano Gesù nell'anima e vi formano la sua Vita reale.»
- ³ *Preguntas y respuestas sobre la Divina Voluntad*, VII.6 y IX.4-5. La distinción allí adoptada es la de una presencia personal, real y operante de Cristo en el alma, sin identificarla con la presencia sacramental sustancial de la Eucaristía.
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 16, 5 de noviembre de 1923: «quello che voglio è che tu non ci metta niente del tuo e che ubbidisca per quanto puoi.»
- ⁵ Ibid.: «E poi, la mia Volontà racchiude tutti i sacramenti e gli effetti di essi [...] riceverai gli effetti dell'assoluzione o di altro che ti venisse negato.»
- ⁶ Inocencio XI, *Coelestis Pastor*, proposiciones 59-60, Dz 2259-2260.
- ⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1452.

- ⁸ Bernardino Bucci, *Luisa Piccarreta: A Collection of Memories of the Servant of God*, vol. 3, edición inglesa disponible, testimonios reproducidos en las pp. 38-39 del PDF: sumisión a los confesores y respuesta «Let us obey» («Obedezcamos») acerca de la obligación de comer.
- ⁹ Inocencio XI, *Coelestis Pastor*, proposiciones 65-68, Dz 2265-2268.

11. Entrar, salir, permanecer: ni escrúpulo ni falsa seguridad

La posibilidad de «salir» del Fiat ya ha sido mencionada para excluir la idea de un estado vuelto irreversible. Ese punto es correcto, pero tomado aisladamente podría crear el problema opuesto: hacernos pensar que una distracción, una debilidad o un movimiento del sentir bastan para perder de inmediato la vida en la Divina Voluntad. Los textos de Luisa son más matizados.

La dificultad proviene también de que algunos pasajes hablan de una estabilidad muy fuerte. El 27 de noviembre de 1926 Jesús contrapone las pequeñas luces de otras formas de santidad con el «sol» de la santidad del vivir en el Fiat: no se puede quitar una gota de luz al sol ni apagar un átomo de su calor.¹ La imagen dice algo sobre la solidez propia de lo que procede de la Divina Voluntad. Pero, por sí sola, no nos dice el estado exacto de cada persona que ha comenzado a vivir de este Don.

Hay que recordar primero que estar «en» el Reino no significa siempre haber alcanzado ya en él la plena estabilidad. El 26 de julio de 1926 Jesús describe cuatro personas expuestas al sol de diferentes maneras. La primera permanece en su casa y queda fuera de los confines del Reino. La segunda ya ha entrado «en los primeros pasos dentro de los confines del Reino del Supremo Querer». La tercera penetra más profundamente en él. La cuarta, finalmente, se arroja hasta el centro mismo del sol; de ella dice Jesús que no solo vive en su Reino, sino que «lo ha adquirido».²

Hay, pues, una entrada real seguida de un crecimiento en el interior. El segundo grado no es todavía el cuarto, pero ya está dentro del Reino. Esta distinción es importante para nuestro tema: descubrir que permanecen mucha fragilidad o mucha voluntad humana no significa necesariamente que nada haya comenzado. A la inversa, haber comenzado no significa poseer ya la estabilidad de los grados más maduros.

Un texto de finales de 1925 va en la misma dirección con otro lenguaje. Jesús distingue la Divina Voluntad recibida «también como en préstamo», pedida acto por acto, del momento en que lo recibido de esa manera se da «como Don» y se posee como vida propia.³ Sería imprudente superponer mecánicamente este texto a los cuatro grados de 1926; Luisa no lo hace. El pasaje de 1925, tomado por sí solo, tampoco permite decidir si toda la fase del «préstamo» precede necesariamente la entrada en el Reino, o si puede acompañar los

primeros pasos de una entrada todavía incompleta. El texto de los cuatro grados deja abierta esta cuestión. Lo que ambos pasajes muestran con mayor seguridad es que comienzo, crecimiento y posesión cumplida no son realidades intercambiables.

Queda la pregunta muy práctica: ¿qué es una «salida»? El 21 de septiembre de 1931 Jesús dice que la criatura, «haciendo su voluntad humana», se formó unas *fuoriuscite*, unas vías de salida del día luminoso del Fiat.⁴ El problema no consiste, por tanto, ante todo en que un pensamiento atravesase la mente, una emoción aparezca o se sienta una debilidad. Se refiere al momento en que el querer humano retoma efectivamente su propio movimiento independiente.

Unas semanas después, el 26 de octubre, Luisa emplea una imagen muy expresiva. En el día de luz que la Divina Voluntad forma en ella puede aparecer todavía «alguna nube»; pero la potencia de la luz la fija y la nube huye y se disuelve.⁵ La nube no es negada. Tampoco se trata como si con ella hubiese desaparecido todo el día.

Sin embargo, el 8 de julio de 1926 impide volver irreal la noción de salida. Jesús dice que su Voluntad no tolera que la voluntad humana haga sus «pequeñas asomadas» en su Reino, porque Luisa acabaría «saliendo a menudo al reino vicioso de su voluntad».⁶ Es posible, por tanto, una verdadera recuperación de la propia voluntad, y el verbo *salir* pertenece realmente a los textos.

Pero esta recuperación no debe confundirse con cualquier turbación interior. El 4 de abril de 1937 Luisa está precisamente atormentada por el miedo de salir del Fiat. Jesús le responde con palabras que merecen ser escuchadas en toda su fuerza:

«¿Crees tú que con un pensamiento, con un sentir, pueden romperse estos vínculos, perderse nuestra inseparabilidad y que Nosotros podamos ceder lo que es nuestro sin actos decididos y repetidos que quiera su voluntad? Hija mía, te engañas.»⁷

Añade que una voluntad dada a Dios «con firme decisión» forma con Él un vínculo fortísimo. Dios levanta tres muros alrededor de la criatura: su luz, todo lo que la Humanidad de Jesús hizo y sufrió y, finalmente, la Creación misma. Desde entonces, dice, se vuelve «casi imposible salir de nuestro Fiat».⁸

La elección de las palabras importa. Jesús no dice que salir sea absolutamente imposible; otros pasajes contemplan con claridad esa posibilidad. Pero tampoco presenta al alma como suspendida sobre un vacío donde el más pequeño movimiento involuntario haría perderlo todo. Cuanto más firmemente se ha dado la voluntad y cuanto más se ha arraigado la vida en el Fiat, tanto más se forma una estabilidad real.

El 1 de abril de 1928 Jesús lleva todavía más lejos esta confianza. Explica que Él mismo quiso, en su Humanidad, soportar la prueba de los hijos de la Divina Voluntad. Habla de una fuerza recibida de Él que cierra las «puertas de salida» y dice que a la criatura le queda «solo la decisión de entrar para no salir más, o de no entrar en absoluto».⁹ Esta palabra no anula los textos en los que Luisa contempla después una verdadera salida; muestra más bien de dónde procede la estabilidad buscada. Reposa primero en Cristo, no en la capacidad del alma de vigilarse sin cesar.

A esta luz deben leerse los textos de 1929 a 1932 ya encontrados. El 4 de junio de 1929 Jesús toma muy en serio la hipótesis:

«Supón ahora que sales de mi Voluntad: tú sales y quedas fuera, pero tus actos no salen.»¹⁰

Los actos hechos en el Fiat permanecen en él; la persona, en cambio, puede perder los derechos vinculados a ellos. En 1931, cuando Luisa teme querer salir, Jesús le dice de nuevo:

«Supón que sales de nuestro Querer Divino [...] tú podrás salir, pero tus actos permanecen.»¹¹

Y el 13 de abril de 1932 la misma lógica recibe su formulación más clara: si la criatura sale, pierde sus derechos; si vuelve a entrar, «adquiere de nuevo el derecho de dominio».¹²

Estos pasajes impiden la falsa seguridad. La libertad sigue siendo real. Pero tampoco justifican una lectura escrupulosa en la que cada distracción se convierta en una catástrofe espiritual. Entre la nube que atraviesa el día y los «actos decididos y repetidos» por los que la voluntad retoma su autonomía, Luisa misma mantiene una diferencia.

El peligro de presunción es, por tanto, real, pero no necesita combatirse con una ansiedad permanente. Un alma puede engañarse diciendo: «Di mi Fiat una vez; ahora lo poseo todo y nada puede perderse jamás». También puede agotarse preguntándose a cada momento: «¿Acabo de salir?» Ambas actitudes terminan devolviendo la mirada sobre uno mismo.

Los textos sugieren un camino más sencillo. Hay una entrada real; luego existen grados de crecimiento y de posesión. La voluntad propia puede realmente retomar su lugar y conducir a una salida, pero una debilidad padecida o una nube pasajera no equivalen por sí solas a esa decisión. Y cuando el alma descubre que se ha retomado a sí misma, el movimiento cristiano no consiste en pronunciar un veredicto definitivo sobre su estado; consiste en volver.

La confianza puede, por tanto, seguir siendo muy grande. Se apoya en la

fidelidad de Dios, en Cristo que sostiene la decisión de la criatura y en los actos ya hechos en el Fiat, que permanecen como otros tantos vínculos. Esta confianza no necesita convertirse en una certeza presuntuosa sobre uno mismo.

Esto nos devuelve a una palabra muy sencilla que ya hemos encontrado varias veces: las disposiciones.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 20, 27 de noviembre de 1926. Jesús contrapone las demás formas de santidad, «pequeñas luces» susceptibles de crecer, disminuir o apagarse, con la santidad del vivir en el Fiat, comparada con el sol.
- ² *Libro de Cielo*, vol. 19, 26 de julio de 1926. Jesús describe cuatro grados: el primero permanece fuera de los confines del Reino; el segundo ha entrado «en los primeros pasos dentro de los confines del Reino del Supremo Querer»; el tercero avanza más en él; el cuarto «no solo vive en mi Reino, sino que lo ha adquirido».
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 18, 25 de diciembre de 1925. Jesús distingue la Divina Voluntad recibida «anche come in prestito» y el momento en que, después de que el alma se acostumbra a no hacer nada sin ella, lo que se daba en préstamo se da «come dono» y se posee como vida.
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 29, 21 de septiembre de 1931: «la creatura, col fare la sua volontà umana, si formò delle fuoriuscite»; quien busca vivir en la Divina Voluntad cierra esas vías de salida.
- ⁵ *Libro de Cielo*, vol. 29, 26 de octubre de 1931. Luisa describe «qualche nube» que aparece en el día formado por la Divina Voluntad y luego huye y se disuelve bajo la potencia de su luz.
- ⁶ *Libro de Cielo*, vol. 19, 8 de julio de 1926: la Divina Voluntad «né tollera che la volontà umana faccia le sue piccole affacciatine nel suo Regno, altrimenti verresti ad uscire spesso nel Regno vizioso della tua volontà».
- ⁷ *Libro de Cielo*, vol. 34, 4 de abril de 1937: «credi tu che con un pensiero, con un sentire si possono spezzare questi vincoli [...] senza atti decisi ripetuti che vuole la sua volontà?» Jesús describe después tres muros —su luz, su Humanidad y la Creación— y dice que se vuelve «quasi impossibile uscire dal nostro Fiat».

- ⁸ *Libro de Cielo*, vol. 34, 4 de abril de 1937: «credi tu che con un pensiero, con un sentire si possono spezzare questi vincoli [...] senza atti decisi ripetuti che vuole la sua volontà?» Jesús describe después tres muros —su luz, su Humanidad y la Creación— y dice que se vuelve «quasi impossibile uscire dal nostro Fiat».
- ⁹ *Libro de Cielo*, vol. 24, 1 de abril de 1928. Jesús afirma haber soportado Él mismo la prueba de los hijos de su Reino, haber cerrado sus «porte d'uscita», y añade: «alla creatura resta solo la decisione d'entrare per non uscire più, oppure di non entrarci affatto».
- ¹⁰ *Libro de Cielo*, vol. 26, 4 de junio de 1929: «Ora supponi che tu esca dalla mia Volontà, tu esci e resti fuori, ma i tuoi atti non escono [...] ma se tu uscissi perderesti i diritti.»
- ¹¹ *Libro de Cielo*, vol. 29, 16 de abril de 1931: «supponi che tu esca dal nostro Volere Divino [...] tu potrai uscire, ma i tuoi atti restano [...] appena esce perde i suoi diritti.»
- ¹² *Libro de Cielo*, vol. 30, 13 de abril de 1932: «se poi fa delle uscite, perde i suoi diritti [...] se persiste a vivere nel nostro Volere, padroneggia insieme; se esce [...] nulla le tocca, ma se vi rientra, acquista di nuovo il diritto di padronanza.»

12. La palabra decisiva: las disposiciones

La noción de disposiciones permite quizá mantener unido todo lo anterior. Impide convertir el Fiat tanto en una hazaña ascética como en una espera en la que ya no se haga nada.

El 15 de mayo de 1932 Jesús explica por qué el gran Don no puede simplemente depositarse en las almas sin preparación. Las verdades sobre la Divina Voluntad deben formar primero en ellas el «ojo» capaz de mirar lo que se da. Por medio de los conocimientos llegan a poder comprender y «disponerse a recibir un Don tan grande».¹ La imagen es muy concreta: dar el sol a un ciego no le permitiría disfrutar de él. Dios quiere, por tanto, sanar la mirada antes de confiarle la luz.

Esta preparación pertenece ya a la relación con el Don. Los conocimientos vienen de Dios, y el deseo que despiertan es sostenido por la gracia; sin embargo, la criatura aprende, pide, desea, intenta mirar. Se vuelve capaz de recibir recibiendo ya.

El 5 de enero de 1936 toda la dinámica queda contenida en una sola frase:

«Se necesita suma atención, y mi Voluntad hará todo lo necesario para formar su Vida en la criatura.»²

La frase dice las dos cosas sin oponerlas. La atención es realmente de la criatura, mientras que la Vida es formada por la Divina Voluntad. La atención no produce esa Vida; consiente a ella.

Un año y medio después, Jesús multiplica los gestos diminutos que cuentan en este crecimiento: «una atención más, un suspiro, un deseo de querer su Vida», un pequeño acto, «una invitación amorosa de la criatura».³ No pide una tensión heroica permanente. La Divina Voluntad parece esperar amorosamente el más pequeño movimiento con el que la libertad le abre un poco más la puerta.

El 6 de mayo de 1938 Jesús habla con gran sencillez de pasos sucesivos: querer firmemente, dar el primer paso, después el siguiente y continuar.⁴ El comienzo sigue siendo sencillo, pero no permanece inmóvil.

Estas disposiciones toman formas muy simples: conocer el Don y desearlo, consentir, permanecer atentos, renovar el propio sí en el acto presente, ser fieles en las cosas pequeñas, cumplir el deber, recibir los sacramentos, obedecer cuando se presenta una mediación legítima y volver cuando la voluntad propia ha retomado realmente el mando. Nada espectacular, en suma. Sin embargo, todo esto compromete realmente la libertad.

Estas disposiciones no producen la Vida divina ni la compran. Son la manera concreta en que una libertad se deja hacer capaz de recibir lo que Dios quiere darle.

También cambia así el modo de vivir el esfuerzo. El alma ya no tiene que vigilar constantemente su propio rendimiento, como si la santidad dependiera de un informe de progreso. Responde a lo que se le da ahora. El esfuerzo puede ser exigente, pero se vuelve menos una construcción de sí que un consentimiento repetido.

Y aquí reencontramos la distancia respecto del quietismo. Desear, consentir, cumplir el deber, obedecer, volver cuando uno se ha apartado realmente: todo esto pertenece de verdad a la criatura. Dios suscita y sostiene estos actos, pero no los vuelve ficticios. «No queremos hacerlo solos», dice Jesús.

La cooperación propia del Fiat puede expresarse quizá de manera más sencilla: hacer lo que realmente corresponde a la criatura, sabiendo que la Vida que recibe no procede de ella. No hay, por una parte, la parte de Dios y, por otra, la parte del hombre, como si se sumaran dos trabajos. La criatura consiente, actúa y persevera dentro de una iniciativa que la precede y la sostiene. En este sentido, su cooperación se convierte en participación.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 30, 15 de mayo de 1932: los conocimientos de la Divina Voluntad forman la vista y la capacidad necesarias «per ricevere un dono così grande».
- ² *Libro de Cielo*, vol. 34, 5 de enero de 1936: «Attenzione somma ci vuole e la mia Volontà farà tutto ciò che ci vuole per formar la sua vita nella creatura.»
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 35, 23 de agosto de 1937.
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938: querer firmemente vivir en el Fiat y dar después el primer paso, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto.

Conclusión — El Fiat de un hijo

Volvamos a la pregunta con la que comenzamos: si Dios lo hace todo, ¿qué le queda al hombre?

Ciertamente, no nada. Queda esa libertad creada de la que Luisa habla continuamente, unas veces diciendo que debe morir y otras mostrándola atenta, activa, capaz de dar su sí o de retomarse. Nunca es la fuente de la Vida divina que recibe. Pero tampoco es simple decorado. Dios quiere su consentimiento, y lo quiere incluso en los actos más ordinarios.

Aquí se encuentra, a mi juicio, la verdadera novedad del lenguaje de Luisa. No habla únicamente de cumplir mejor la voluntad de Dios, como si esta permaneciera ante nosotros bajo la forma de mandamientos a los que debemos conformarnos. Habla de una Divina Voluntad que quiere convertirse interiormente en la vida de la voluntad humana. De ahí esas fórmulas que pueden sorprender y, a veces, incluso inquietar: «Tú no harás nada; Yo lo haré todo», «basta que lo quiera», las virtudes que resucitan al modo divino, las pasiones que mueren dulcemente, la voluntad humana que vive muriendo bajo el acto del Fiat.

Leídas solas, algunas de estas frases podrían llevarnos muy lejos. Leídas junto con las demás, adquieren otro perfil. La voluntad humana permanece viva. Jesús dice que no quiere obrar solo. Pide atención, continuidad, pequeños sacrificios, trabajo. Recuerda los deberes. Deja abierta la posibilidad de una verdadera salida del Fiat, sin convertir por ello toda debilidad o turbación en una salida. En la propia vida de Luisa, la obediencia a los confesores y la vida sacramental conservan un lugar concreto.

El quietismo ayuda a ver la frontera. El error no consiste en atribuir demasiado a Dios, como si tuviéramos que defender un territorio reservado al hombre. Comienza cuando la acción divina se concibe de tal modo que la criatura deja de actuar realmente: una voluntad apagada, un sujeto inerte, mediaciones eclesiales vueltas inútiles. Esto es precisamente lo que la Iglesia rechazó.

En Luisa, la lógica más profunda parece distinta. Cuanto más recibe el alma del Fiat, menos busca vivir desde un principio separado. Su libertad no queda abolida; se hace cada vez más filial. Sigue siendo capaz de querer, pero quiere aprender a querer con Dios.

Por eso la imagen de la pequeña rueda sigue siendo tan adecuada. No se da a

sí misma ni la cuerda ni el movimiento, pero gira. Su dependencia no la vuelve menos real. Simplemente dice de dónde le viene la vida.

Podemos conservar, por tanto, sin debilitarla, la fórmula que ha atravesado todo este estudio: Dios lo hace todo como Fuente, y la criatura actúa realmente recibiendo su movimiento. No es un reparto de tareas. Es una relación.

Las disposiciones adquieren entonces todo su significado. No son el precio del Don ni una manera de producirlo. Son el modo en que una libertad se hace presente a lo que recibe: deseo, atención, consentimiento, fidelidad, regreso después de una caída. Nada espectacular. Pero sin esta respuesta ya no hablaríamos de una alianza; hablaríamos de un mecanismo.

El Fiat de Luisa no es, por tanto, la inmovilidad de un objeto en manos de Dios. Se parece más bien al sí de un hijo: un sí recibido, sostenido, a veces renovado, pero verdaderamente dado. Y lo que Dios quiere realizar en la criatura, quiere realizarlo con ella.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 30, 15 de mayo de 1932: los conocimientos de la Divina Voluntad forman la vista y la capacidad necesarias «per ricevere un dono così grande».
- ² *Libro de Cielo*, vol. 34, 5 de enero de 1936: «Attenzione somma ci vuole e la mia Volontà farà tutto ciò che ci vuole per formar la sua vita nella creatura.»
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 35, 23 de agosto de 1937.
- ⁴ *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938: querer firmemente vivir en el Fiat y dar después el primer paso, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto.

Epílogo — Vivir esto sencillamente

Después de todas estas distinciones, sería una pena terminar este suplemento dando la impresión de que vivir en la Divina Voluntad significa resolver cada mañana un problema de teología espiritual.

Jesús dice precisamente lo contrario. El 6 de mayo de 1938, después de tantas enseñanzas dadas a Luisa sobre el Fiat, vuelve a algo sorprendentemente sencillo:

«Hija mía buena, para entrar en mi Voluntad el modo es sencillísimo, porque tu Jesús nunca enseña cosas difíciles. Mi Amor me hace adaptarme mucho a la capacidad humana, para que la criatura pueda hacer sin dificultad lo que Yo le enseño y quiero.»¹

Da después el primer paso: querer vivir en su Voluntad. Y luego dar un paso. Después otro. El segundo llama al tercero, el tercero al cuarto y así sucesivamente. No pide al alma ver desde el principio todo el camino ni saber exactamente en qué grado se encuentra. Le pide querer y avanzar.

Unos meses más tarde, el 25 de diciembre de 1938, Luisa se pregunta cómo puede Jesús nacer en las almas. La respuesta sigue la misma dirección:

«Hija mía, hacerme nacer es la cosa más fácil, tanto más que Nosotros no sabemos hacer cosas difíciles: nuestra Potencia lo facilita todo.»²

Jesús explica inmediatamente cómo sucede. La criatura quiere vivir en la Divina Voluntad: ya le forma una morada. Comienza su acto: lo concibe. Completa su acto: lo hace nacer. Ama en la Divina Voluntad: lo calienta. Le entrega su voluntad y toma la suya: Jesús dice que celebra su victoria sobre la voluntad humana.

Hay algo profundamente pacificador en estas páginas. Todo lo que hemos estudiado sigue siendo verdadero: la libertad importa, las disposiciones importan, la voluntad propia puede retomar su lugar, el deber y los sacramentos permanecen, y el alma no tiene motivo para declararse ya llegada. Pero vivir todo esto no tiene por qué volverse complicado.

Podemos comenzar donde estamos.

Por la mañana, o sencillamente cuando nos acordemos: «Jesús, quiero vivir en tu Voluntad. Te doy la mía. Ven a vivir conmigo este acto que tengo que hacer ahora.» Y después hacer lo que tenemos delante. Levantarnos. Trabajar.

Preparar una comida. Responder con paciencia. Cumplir un deber. Rezar. Soportar una contrariedad. Pedir perdón. Ofrecer un sufrimiento. Nada de esto es demasiado pequeño para el Fiat.

Y cuando descubrimos que hemos retomado nuestra propia voluntad, no hace falta pasar una hora determinando si hemos «salido» exactamente, en qué grado o durante cuánto tiempo. Si hay una culpa real, la reconocemos. Si exige confesión, nos confesamos. Si nos hemos retomado, volvemos. Y podemos hacerlo con gran sencillez: «Jesús, te entrego de nuevo mi voluntad. Quiero la tuya. Vuelve a tomarme contigo.»

Este regreso no es un fracaso del camino. Forma parte del camino mientras estemos aquí abajo. El peligro mayor sería convertir la Divina Voluntad en una nueva fuente de ansiedad: vigilar cada pensamiento, cada emoción, cada distracción, como si el Fiat dependiera de nuestra capacidad de mantener un estado de tensión interior perfecta. Jesús habla de atención, a veces de una atención muy grande; no nos pide vivir encogidos sobre nosotros mismos.

La atención mira a Dios. La tensión mira sin cesar el propio estado.

Puede ser una distinción práctica útil. Un alma atenta puede ver sus faltas sin quedar encerrada en ellas. Reconoce la voluntad propia cuando aparece, pero su primer movimiento consiste en volver a Jesús. Poco a poco aprende a buscarlo en el acto presente en lugar de medir continuamente su vida interior.

Las disposiciones de las que hemos hablado adoptan entonces un rostro muy ordinario: querer, pedir, consentir, permanecer disponibles, cumplir el propio deber, recibir los sacramentos, recomenzar. Habrá días de luz y otros más oscuros. Momentos en que el Fiat parezca muy cercano y otros en que casi no sintamos nada. Nada de esto altera la sencillez del movimiento: dar nuestra voluntad y tomar la de Dios, tantas veces como sea necesario.

La confianza ocupa aquí un lugar esencial. No la confianza en nosotros mismos, ni la certeza de poseer ya lo que deseamos, sino la confianza en Jesús, que quiere este Don todavía más que nosotros. En el texto del 6 de mayo de 1938 dice que rodea ese querer de gracia, amor y bondad y que, si hace falta, pone incluso su propia Vida a disposición de la criatura para hacerla vivir en su Voluntad.³

No hay necesidad, por tanto, de volver difícil lo que Jesús presenta como sencillo. Necesitamos las distinciones teológicas para no deformar sus palabras. Pero, cuando se trata de vivir, a veces necesitamos aceptar volver a ser muy sencillos.

Querer su Voluntad. Darle la nuestra. Hacer con Él el acto presente. Y, cuando nos retomamos, volver.

Después, continuar.

Fiat.

Notas

- ¹ *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938: «Figlia mia buona, per entrare nella mia Volontà, il modo è semplicissimo, perché il tuo Gesù non insegna mai cose difficili [...] la prima cosa indispensabile è voler, sospirare con tutta fermezza di voler vivere in Esso. La seconda cosa, fare il primo passo [...] Vedi dunque com'è facile, ma è necessario volerlo [...] Corredo quella volontà di grazia, d'amore, di bontà [...] e, se occorre, la mia stessa Vita.»
- ² *Libro de Cielo*, vol. 36, 25 de diciembre de 1938: «Figlia mia, il farmi nascere è la cosa più facile, molto più che Noi non sappiamo fare cose difficili, la nostra Potenza facilita tutto [...] Come la creatura vuol vivere di Esso, così già forma l'abitazione al tuo piccolo Gesù; come vuole dar principio a fare i suoi atti, così mi concepisce e come compie il suo atto mi fa nascere.»
- ³ *Libro de Cielo*, vol. 36, 6 de mayo de 1938: «Figlia mia buona, per entrare nella mia Volontà, il modo è semplicissimo, perché il tuo Gesù non insegna mai cose difficili [...] la prima cosa indispensabile è voler, sospirare con tutta fermezza di voler vivere in Esso. La seconda cosa, fare il primo passo [...] Vedi dunque com'è facile, ma è necessario volerlo [...] Corredo quella volontà di grazia, d'amore, di bontà [...] e, se occorre, la mia stessa Vita.»